

## CE-Magreb: Referentes demográficos, económicos y psicológicos (\*)

José Cazorla

A finales de los años 50, el presidente Sukarno, de Indonesia, recibía en Yakarta a un grupo de productores de cine norteamericano. Ante la sorpresa de sus invitados, el presidente inició sus palabras de acogida con la frase: «Vds. son unos revolucionarios». Realmente era difícil contemplar como revolucionarios a los miembros de ese clan, extremadamente conservador en sus convicciones y en sus habituales prácticas comerciales.

Sin embargo, Sukarno explicó a continuación muy bien el sentido de tal expresión. Y les hizo ver que, a través de las películas que cientos de millones de habitantes de los países menos desarrollados ven a diario, se les presenta un mundo (el occidental avanzado), en el que *cualquier* ciudadano, de la forma más usual, dispone de bienes y servicios —automóviles, viviendas, restaurantes, viajes, educación— que sólo muy pocos y muy ricos de los países «pobres» tienen a su disposición. Por tanto, en las masas de habitantes de estos países, el cine —y hoy la televisión— provocan apetencias y expectativas que a plazo más o menos largo pueden derivar no ya en protestas, sino en situaciones revolucionarias.

No muy lejos tenemos un ejemplo de ello: en la raíz de los importantes acontecimientos que en los últimos dos años se viven en el Este de Europa, indudablemente ha operado el «efecto demostración» de la prosperidad de los países más occidentales, frente a la impotencia o incapacidad de aquellos regímenes para elevar el nivel de vida —y de consumo— de sus ciudadanos.

(\*) Una parte del presente trabajo reproduce algunas de las argumentaciones que dábamos en *Cambio social y emigración en el Mediterráneo Occidental*, conferencia en Jornadas sobre «Explosión demográfica, empleo y emigrantes en el Mediterráneo Occidental», Universidad de Granada, febrero, 1990 (en prensa).

Las teorías del evolucionismo político no siempre han tenido en cuenta que «más que una realización progresiva de la igualdad, por el contrario la historia de las sociedades consagraría la sucesión de diferentes conceptos de la igualdad y la justicia social, demostrando que cada modelo de organización social, lejos de imponerse como etapas o fórmulas de transición, concibe fórmulas de relación social que poseen significado propio, y a las que no cabe estudiar más desde ese punto de vista» (Badie 1980).

Con mayor razón aún que en el Este, es claro que «el Tercer mundo, en su actual proceso de transformación política, se enfrenta con una enorme contradicción: modernizarse en función de una racionalidad política que no va de acuerdo con su identidad cultural, ni con su historia, ni con su estructura social, ni con su organización económica. Esta situación le presiona hacia su inserción en un sistema internacional dominado por Occidente —o por el Norte—, pero a la vez tropieza con la incapacidad propia de todo sistema social de crear, a corto plazo, una fórmula original y duradera de desarrollo político. En consecuencia, la modernización política debe ser reconsiderada con relación a esta circunstancia de ruptura, que explica bien los rasgos autoritarios que caracterizan la casi totalidad de los sistemas políticos del Tercer mundo» (Badie, cit).

Uno de los ejemplos más patentes de esta situación lo encontramos en el Mediterráneo, especialmente en su mitad occidental. El contraste entre las riberas Norte y Sur, y más en general, entre los bloques de países que componen la CE por un lado, y el Magreb por otro, es bien visible y se manifiesta en diversos problemas, como los derivados de los movimientos migratorios, la asimilación de los emigrantes y su retorno, la permeabilidad de las fronteras a la importación de productos, y otros muchos, resultantes a menudo del choque de factores culturales y de modernización con niveles de subdesarrollo económico, que terminan casi siempre por tener consecuencias políticas.

Para ilustrar mejor esta cuestión presentamos una serie de tablas y gráficos que comentaremos sucesivamente. En la primera de ellas aparece una comparación cronológica sobre el movimiento de inmigrantes a varios países de la Europa central, procedentes de la Europa del Sur y Magreb (todos los cuales se especifican), entre comienzos de los años 60 y 1981.

Como puede observarse, hace unos treinta años era Francia el país con mayor número de inmigrantes, algo más de millón y medio, proceden-

Tabla 1  
**Total de inmigrantes procedentes de Europa del Sur y África del Norte<sup>1</sup> en**

	<i>Francia</i>	<i>RFA</i>	<i>Suiza</i>	<i>Otros<sup>2</sup></i>	<i>Total</i>
Comienzos de los 60.....	1.531,1	308,3	365	250,5	2.454,9
Comienzos de los 70.....	3.354,4	3.211,6	476,4	651,7	7.694,1
1981 .....	3.364,4	3.462,3	369,5	398,8	7.595

<sup>1</sup> En miles. Procedentes de Grecia, Italia, Portugal, España, Turquía y Yugoslavia, en Europa, y en el Magreb, de Argelia, Marruecos y Túnez.

<sup>2</sup> Incluye a Austria, Suecia, Holanda y Bélgica. No hay datos de esta última para 1981.

FUENTE: Elaborado sobre datos primarios de R. ROGERS (coord.), en *Guests Come to Stay*, Westview Press, Londres, 1985.

tes casi todos de Argelia, Italia y España (bastantes en este caso, desde la época de la guerra civil). En total sumaban en los siete países de acogida unos dos millones y medio. Pero sólo una década más tarde ascendían a cerca de ocho millones, concentrados sobre todo en Francia y Alemania. En esta última tenían particular peso los turcos, que si a comienzos de los años 60 eran tan sólo aproximadamente 7.000, diez años después superaban el millón. Respecto a los procedentes en concreto del Magreb, alcanzaban un total en Centroeuropa de un 17 por 100 del total hacia 1960, con algo más de 400.000, cantidad que en los primeros años 70 se había incrementado en un millón más, aunque la proporción respecto al conjunto apenas había variado (18 por 100 del total de inmigrantes).

Pero las conocidas consecuencias de la recesión económica iniciada en 1973, cerraron la entrada a nueva inmigración en los receptores. Al mismo tiempo, los procesos de desarrollo de Grecia y España produjeron el retorno de una mayoría de sus emigrantes. Igualmente, los inmigrantes turcos en Alemania, debido a procesos de reagrupación familiar y a su alta natalidad continuaron aumentando hasta alcanzar unos dos millones, y la inmigración de marroquíes a Francia creció también, hasta ser más o menos de medio millón de personas residentes en este país en 1981.

Con lo cual, en dicha fecha, el número de inmigrantes existente en Centroeuropa no había cambiado apenas con relación al de diez años atrás, ya que los retornos de españoles y griegos fueron compensados con el incremento de los turcos y las entradas de magrebíes. En ese momento, la proporción de éstos sobre el total de inmigrantes era de un 22 por 100. En los años inmediatamente siguientes, el panorama iba a cambiar, y un país como España, de vieja tradición de emigración, se iba a convertir en país de inmigración, a la vez que aumentaba el aflujo de magrebíes, e

—inesperadamente, a finales de la década— de habitantes de países del Este hacia los de Centroeuropa.

Aunque con algunas referencias de pasada a otros casos, nos vamos a limitar a los movimientos migratorios del Magreb hacia los países de la CE, sin entrar pues en otros, como los citados o los muy importantes desde Egipto hacia ciertos países árabes, que por sí solos significan salidas de más de tres millones de habitantes, actualmente en situación a menudo precaria debido a la crisis del Golfo.

Lo que nos interesa destacar es el fundamento demográfico y económico de las desigualdades perceptibles, ya que éste no es el lugar de entrar en el aspecto histórico. Y ello porque un principio elemental de la explicación de las desigualdades, radica en las diferencias entre el incremento de la población y el de la producción. En términos quizá simplistas, si aquélla crece más aprisa que ésta, cada año (teóricamente), la cuota de cada ciudadano disminuye, mientras que si la relación es la inversa, dicha cuota aumenta. Como es lógico, esto no sucede por igual para todos, puesto que la desigualdad interior y previa de cada país redistribuye tales cuotas, de forma que los que más tienen suelen repercutir las pérdidas sobre «los de abajo», o quedarse con la mayor parte de las ganancias cuando el saldo es positivo.

Observando pues (tabla 2), los datos pertinentes, procedentes del Banco Mundial y otras fuentes, se deduce fácilmente la fuerte carga que significó en la pasada década el crecimiento demográfico del Magreb con respecto a su PNB *per cápita*, es decir, la renta personal. Con una fecundidad media de casi seis hijos por mujer en edad fértil, sólo Libia consiguió un saldo positivo, y esto a pesar de poseer una de las más altas tasas de crecimiento vegetativo en el período. En ello, como es obvio, resultó decisivo su «monocultivo» petrolífero, pero ni siquiera Argelia, con una producción de crudos también importante, pudo lograr dicho saldo, dado el fuerte peso de su población, seis veces superior a la de Libia. Compruébense también las altas tasas de mortalidad y las cortas cifras de esperanza de vida de la población media. Los lugares ocupados por Marruecos, Mauritania y Túnez en el *ranking* mundial de las rentas *per cápita*, eran también muy bajos.

En cambio, la continuada caída de la natalidad en España desde 1975 (iniciada con cierto retraso en Andalucía), daba un saldo positivo, no muy diferente del de la media de la CE, como veremos.

Tabla 2

## Datos básicos del Magreb, España y Andalucía

	Argelia	Libia	Marruecos	Mauritania	Túnez	España	Andalucía
Kilómetros <sup>2</sup> .....	2.381.741	1.759.540	446.550	1.030.700	163.110	504.782	87.267
Pobl. (miles 87)...	23.060	4.057	22.960	1.858	7.481	38.866	6.789
Densidad.....	10	2	51	2	46	77	78
PNB (mill. \$ 86)..	58.770	21.688	13.134	755	8.276	187.983	25.500
( <i>íd. íd. 87</i> ).....	63.560	22.326	14.213	816	9.019	233.417	30.350
Tasa Δ 80-87%..	4,1	6,6	3	1,1	3,3	2,1	4,5
PNB (\$ p.c. 86)...	2.610	5.550	580	420	1.130	4.860	3.756
( <i>íd. íd. 87</i> ).....	2.760	5.500	620	440	1.210	6.010	4.400
Tasa Δ p.c. 80-87%	0,9	10,1	0,5	(1,5)	0,9	1,6	3,2
Infl. (anual 8-87)	5,6	1,5	7,3	9,8	8,2	10,7	10,7
Tasa Br. Mort. 87	9	13	10	19	7	9	7,7
Tasa Δ Pobl. 80-87	3,2	3,3	2,5	2,6	2,3	0,5	1,2
Esperanza vida 87	62	55	60	48	63	76	76
Tasa fecundidad 87	5,9	6,6	4,3	6,5	4,3	1,8	2,1
Estructura de la producción:							
PIB 87 agric. %	12	37	19	37	18	6	10
<i>íd. íd. industria</i> .....	42	28	31	22	32	37	31
<i>íd. íd. manufact.</i> .	12	5	18	—	15	27	
<i>íd. íd. servicios</i> .....	45	35	50	41	50	57	60
Estructura de la demanda:							
PIB 87 con- sumo púb. %.....	16	17	18	13	16	14	—
<i>íd. íd. privado</i> .....	55	65	68	73	64	64	—
<i>íd. íd. invers. int.</i> br.	29	10	19	20	21	22	—
<i>íd. íd. ahorro int.</i> br.....	29	18	14	14	20	22	—
Export. B. y Serv. no atrib. facto- res.....	14	43	25	50	35	20	—
Balanza de recur. Comercio ext. 87	0	9	-5	-7	-1	0	—
Exp. (mill. \$).....	9.029	385	2.807	428	2.152	34.099	—
<i>íd. íd. Import.</i> .....	7.028	208	4.229	474	3.022	49.009	—
Relac. de Interc. 87 (1980=100)	56	93	106	98	79	111	—
Rankings mundial PNB p.c. 87 (so- bre 204 países 1986 parént.)	78(77)	56(50)	144(146)	156(158)	112(108)	49(61)	—

FUENTE: Para los respectivos países, Organización de Naciones Unidas, Atlas del Banco Mundial 1988 y Atlaseco 1989. Para Andalucía, INE, Estudios sobre la renta del Banco de Bilbao, varios años e «Información Comercial Española», núm. 617-618 y 679. Las fluctuaciones del dólar en el periodo 1980-87 han influido en algunas estimaciones. En el PIB 87 de Andalucía, se incluyen manufacturas en la industria.

Tabla 3  
Población y renta en la CE, 1980-1987

	<i>Pobl. 87</i> <i>(en miles)</i>	$\Delta$ <i>Pobl.</i> <i>80-87%</i>	$\Delta$ <i>PNB</i> <i>80-87%</i>	$\$$ <i>p.c. 87</i>
Bélgica .....	9.860	0	1	11.360
Dinamarca .....	5.105	0	2,4	15.010
España .....	38.866	0,5	1,6	6.010
Francia .....	55.609	0,5	0,7	12.860
Grecia .....	10.002	0,5	1,6	4.350
Holanda.....	14.616	0,5	0,8	11.860
Irlanda.....	3.611	0,8	1,4	6.030
Italia.....	57.317	0,2	1,3	10.420
Luxemburgo.....	366	0	4,5	15.860
Portugal .....	10.212	0,4	2,2	2.890
Reino Unido.....	56.851	0,1	2,5	10.430
RFA.....	60.824	-0,2	1,9	14.460
	323.239	0,3	1,6	10.717

FUENTE: Datos primarios en Atlas Banco Mundial 1988 y Atlaseco. La cifra de población de la primera columna es el total de la CE, y las demás son el promedio de la respectiva serie.

Parece de mayor interés comparar —como hemos dicho— los datos específicos del Magreb con los de la CE en su conjunto, y no sólo con España, puesto que ésta se vincula día a día más con la Comunidad, y en los aspectos económicos, casi todas las decisiones importantes que le conciernen terminan adoptándose en Bruselas. Por tal razón, ofrecemos la tabla 3, en la que figuran los datos pertinentes respecto a total de población, incremento de ésta y del PNB en el período 1980-87, y renta *per cápita*, en este último año, de cada uno de los países que la componen. También se han calculado la renta media, y los correspondientes incrementos de la producción y la población en dicho espacio de tiempo para el conjunto.

Como se puede apreciar, mientras la población de la CE creció a una media de sólo el 0,3 por 100 anual acumulativo, la producción lo hizo al 1,6 por 100. No hemos introducido el factor de la deuda externa, mucho más reducido en términos relativos para la CE, que para el Magreb (con la excepción, como siempre, de Libia). La tasa de natalidad más alta era la de Irlanda, mientras que varios países tenían un crecimiento cero y aún la RFA lo daba negativo. El crecimiento medio del PNB más alto era el de Luxemburgo, y el más bajo el de Holanda. La renta *per cápita* de 1987 alcanza por término medio la respetable cifra de casi 11.000 dólares, si bien se daban fuertes diferencias interiores, especialmente entre la RFA,

Luxemburgo y Dinamarca, por un lado, y Portugal y Grecia por el otro, con distancias de tres a casi cinco veces entre unos y otros países.

Pero nuestro análisis no debe quedarse en la situación actual, de fuerte desigualdad entre la CE y el Magreb. Como es bien sabido, en febrero de 1989, los más altos mandatarios de los países que forman este último, firmaron un acuerdo de principio de unión económica, financiera y aduanera, que esperan les permitan superar en el futuro inmediato sus pasadas diferencias histórico-políticas, y enfrentar el futuro en un esfuerzo colectivo.

La cuestión clave radica en la *evolución* de este conjunto de países, a la vista de tales propósitos, en comparación con su «Norte», es decir, la CE. Vale la pena, pues, efectuar una proyección a 25 años vista, tanto del incremento demográfico, como del económico de ambos conjuntos y contrastar los resultados. Como es sabido, se suele aplicar a muchos países del Tercer mundo el eufemismo «países en desarrollo» o «en vías de desarrollo». Pues bien, de esta comparación puede deducirse en qué medida es ello cierto o si por el contrario, la evolución de uno y otro bloque no es convergente, sino divergente, y dicha expresión resulta ser —como tantas otras usuales en el lenguaje de los organismos internacionales— no más que una mera manifestación de hipocresía.

Partiendo pues de la fecha de 1987, a la que correspondían nuestras estimaciones más recientes, hemos efectuado un cálculo de cuáles serán en el siguiente cuarto de siglo las respectivas rentas *per cápita* y poblaciones, considerando invariables los incrementos de ambas ocurridos desde 1980, y que ya hemos comentado. Este supuesto es desde luego discutible, porque probablemente, acontecimientos hoy imprevisibles influirán más en lo económico que en lo demográfico.

No pueden prevenirse los efectos de nuevas crisis petrolíferas o de otro orden, de tensiones internacionales, o de la expansión del integrismo islámico en el Magreb. Modificaciones en el precio de los crudos o materias primas pueden cambiar la economía de los países desarrollados o no<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> En todo caso, es evidente que los desarrollados están en mejores condiciones de soportar alzas de los precios de tales productos, e incluso de repercutirlas sobre los menos avanzados, como se ha visto tantas veces, y en particular con motivo de la crisis iniciada en 1973. De manera que si el incremento durante los años 90 fuera en los primeros sólo de la mitad del previsto, en los no desarrollados sería casi generalmente nulo o negativo.

Por otro lado, es poco probable que disminuya mucho la natalidad en el Magreb, y sí en la CE. En todo caso, no podemos hacer más que partir de los datos conocidos y proyectarlos, a sabiendas de su precariedad. En tal sentido, ha parecido oportuno no incluir en la renta media del Magreb la aportación de Libia, que distorsionaría el conjunto con las fluctuaciones de su casi única producción, el petróleo, y su escasa población, inferior a un 6 por 100 de la total del Magreb.

Resulta así que (tabla 4 y gráfico 1), al cabo de un cuarto de siglo, en el 2013, la población de la CE habrá aumentado (sin tener en cuenta las posibles inmigraciones) de 323 millones a un máximo de unos 350, es decir, un millón por año o menos, si se sigue reduciendo la natalidad. Y la renta media pasará de 10.700 dólares a algo más de 17.000 dólares. Mientras tanto, la población del Magreb se habrá más que duplicado, llegando a ser superior a los 120 millones de habitantes, mientras que la renta *per cápita* sólo ascenderá desde unos 1.500 dólares (con un fuerte peso de Argelia en el conjunto) a aproximadamente 1.850. En definitiva, las tablas y gráficos que presentamos demuestran que en estos supuestos, la «distancia» entre ambos conjuntos, que en 1987 era de 1 a 7 habrá pasado, transcurridos sólo 25 años, a ser de 1 a 9,3.

Es evidente, pues, que el rumbo de ambos bloques va a ser cada vez más divergente, en caso de mantenerse la misma estructura de sus factores componentes. Y se cumple en este ámbito una vez más —al igual que en el contraste entre los países más y menos desarrollados del mundo, que hemos comentado en otro lugar— la famosa profecía de Marx, aunque no en la forma en que él la pensó. «Los ricos serán cada vez más ricos y menos, y los pobres cada vez más numerosos y más pobres», decía. Cierro, pero no a escala nacional sino internacional: Norte-Sur. En este caso, Norte-Sur del Mediterráneo<sup>2</sup>.

No debe perderse de vista que hasta el presente, la cooperación entre

<sup>2</sup> Un estudio que en su momento elaboramos sobre datos del *Atlas del Banco Mundial, 1984*, demostraba que comparando el grupo de 19 países más ricos con los 33 más pobres del planeta, los primeros representaban en 1982 un 16 por 100 de la población total de éste, y los otros un 27,4 por 100. Pero en el año 2000, serán respectivamente un 12 por 100 y un 29 por 100. Al mismo tiempo, sus rentas habrán pasado en los más desarrollados, de unos 11.000 dólares a más de 20.000 dólares, mientras que en los más pobres este incremento será tan sólo de unos 260 dólares a aproximadamente 320 dólares o 390 dólares (según los casos). En definitiva, mientras la *ratio* entre las rentas *per cápita* de ambos bloques era en 1982 de 1 a 42, en el año 2000 será de 1 a 52 para un conjunto de países y de 1 a 63 para el otro, aun en peor situación.

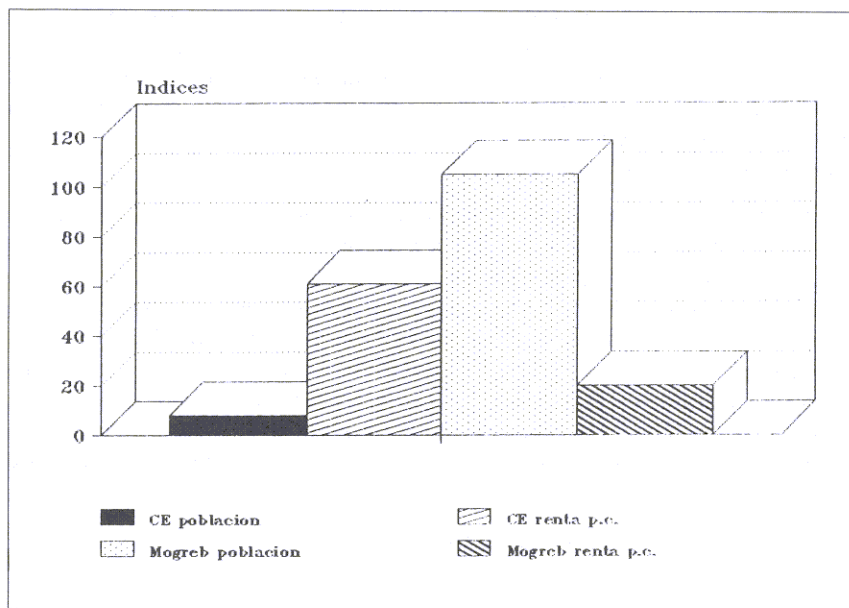


Tabla 4  
Evolución CE-Magreb 1987-2013

	Comunidad Europea		Magreb	
	1987	2013	1987	2013
Población (en millones).....	323,2	349,4	59,4	121,8
$\Delta$ pobl. % 1987-2013 .....		0,3		2,8
Renta <i>per cápita</i> \$ .....	10.717	17.223	1.519	1.850
$\Delta$ renta <i>per cápita</i> 1987-2013 %....		1,6		0,76
Índice $\Delta$ pobl. (1987=100).....	100	108	100	205
Índice $\Delta$ renta <i>p.c.</i> (1987=100).....	100	161	100	120
Difs. renta <i>p.c.</i> en 1987 CE-Magreb			1 a 7	
Difs. renta <i>p.c.</i> en 2013 CE-Magreb			1 a 9,3	

FUENTE: Elaborado sobre datos de tablas anteriores. No se han incluido en los cálculos el PIB ni *p.c.* de Libia.

Gráfico 1  
Índices CE-Magreb, 1987-2013



los países de la UMA ha sido bastante débil, dependiendo todos ellos en extremo de un comercio exterior. Aparte del caso de Libia, una de sus principales fuentes de ingresos son las remesas de sus emigrantes en la CE, así como la exportación de materias primas, productos agrícolas y ciertas manufacturas. Tampoco se puede olvidar el fuerte peso de su deuda exterior ni el hecho, menos conocido<sup>3</sup>, de que las antiguas colonias de Francia pagaron a ésta, entre 1962 y 1987, un sobreprecio próximo a los 2.000 millones de dólares por sus importaciones desde aquélla, por encima del precio real que debieran haberle abonado. Es difícil pensar que los componentes de esta situación puedan cambiar decisivamente en los próximos años. Porque además, entra en juego el factor psicológico colectivo de las aspiraciones, de no menos importancia.

Los contrastes de que hablamos son tanto más visibles —de nuevo el efecto-demostración— cuanto mayor proximidad y a la vez diferencia se da entre unos pueblos y otros. Y también cuanto mayor conciencia hay en los menos favorecidos, de que con el cambio, con *algún cambio*, la distancia se puede salvar. Al menos a escala individual, y probablemente colectiva, ésta fue —como hemos dicho— la principal motivación de las fuertes migraciones Este-Oeste en Alemania, Polonia y Hungría durante 1989, y es claro que no nos estamos refiriendo a países poco desarrollados. Con mayor razón, en el caso de fuertes diferencias económico-sociales y gran proximidad geográfica, como ocurre entre México y Estados Unidos o entre el Magreb y España.

La mayor proximidad entre el continente africano y Europa se da en el Estrecho de Gibraltar, con sólo 16 kilómetros de distancia. A lo largo de la costa de Marruecos y hasta Argelia, tal distancia es por término medio de unos 150 kilómetros. En definitiva, hay en Europa también un río grande del Sur, como el que separa a Estados Unidos de Centroamérica, y por ese «río» entran diariamente docenas o quizá centenares de inmigrantes clandestinos a Europa, en exacta réplica a lo que ocurre en América del Norte. Aparte los que lo hacen como «turistas», amparados en diversos documentos, o por procedimientos más o menos regulares, que son también muy numerosos.

Si ambos conjuntos se encontraran a distancia intercontinental, como

<sup>3</sup> Según YEATS, en el *Boletín del Fondo Monetario Internacional*, junio de 1990.

ocurrió con la emigración de italianos y españoles a las Américas hasta la segunda guerra mundial, o de los portugueses a África, hasta 1974, el tema sería controlable al menos en términos relativos. Pero no es así, y la considerable proximidad geográfica antes aludida, está empujando la mayor emigración hacia Europa, lógicamente por el camino más corto. La conjunción de fuertes diferencias de renta, presión demográfica sobre unos limitados medios de empleo y el subsiguiente paro, y la relativa facilidad de comunicaciones, son factores de indiscutible influjo en estos movimientos.

Pero el más importante de todos —como decimos— es *el crecimiento de las expectativas*, debido al cambio de valores ocurrido en *comunidades hasta hace poco aisladas y remotas a todo estímulo exterior*. Factor al que a menudo no se confiere la debida trascendencia, por ser menos visible que los antes mencionados. Ahí es donde juega el ejemplo de Sukarno que mencionábamos al principio.

En efecto, ya hace años Lerner (1958), refiriéndose a habitantes del Oriente Medio y en particular de Egipto, decía que «cuando se hunden las normas tradicionales, se transforman también algunas de las relaciones básicas existentes entre los seres humanos. El antiguo poder de los ancianos de la aldea, se reduce a respetuosa deferencia, a la vez que el poder real pasa a otras instancias. La regla tradicional de que *la edad produce sabiduría*, funcionó bien en localidades pequeñas, inmóviles y aisladas, en donde el cambio era lento y la experiencia resultaba ser el único maestro. Cuanto más tiempo se vivía, más experiencia se acumulaba, y mayor título se adquiría para ser considerado como sabio. Ahora los jóvenes no esperan ya tal patrimonio. Marchan a las ciudades, trabajan bajo una disciplina moderna y aprenden de periódicos y películas (habría que añadir hoy, “y de la televisión”, en mayor proporción aún). En muchos aspectos ellos están mejor informados —tal vez sean más “sabios”, tal vez no— que los ancianos. Como éstas son las cuestiones que realmente interesan, otros, incluyendo sus mayores, acuden a los jóvenes en busca de opiniones y consejo. De este modo cambia la estructura de las influencias en la comunidad y en la familia».

La capacidad de presión de ciertos medios de masas, primero encarnados en el cine y luego en la televisión (las de la CE se ven muy bien en el Norte de África), en la creación de tales expectativas, la resumía muy expresivamente un joven burócrata sirio, al manifestar «... cuando vemos

cómo vive la gente en Occidente y luego la comparamos con nuestras propias vidas, descubrimos que todavía nos queda un largo camino hasta llegar a alcanzar su nivel. Para nosotros, las películas son como un maestro, que nos dice qué hacer y qué no hacer». Y es que los medios enseñan nuevos deseos y nuevas satisfacciones, aparentemente al alcance de cualquiera, como recordaba Sukarno.

Esta poderosa influencia sobre la identidad misma de la personalidad, «termina por alterar la auto-imagen básica mediante la cual una persona define lo que es y lo que debe llegar a ser. Tal alteración exige considerables reconstrucciones del sistema del yo, sistema que sitúa todos los elementos del ambiente que rodea a una persona en su lugar adecuado. Cuando el joven procedente del medio rural ha aprendido a leer y a ganarse la vida en la ciudad (o en la emigración, eventualmente), contempla a su familia, su comunidad, su religión, su clase, su nación, según una relación diferente de la que acostumbraba a tener antes. Perspectiva desde luego muy diferente de la que solía tener su padre. En definitiva, esto implica un estilo de vida totalmente nuevo» (Lerner, cit.).

Debe tenerse en cuenta que en los fuertes movimientos migratorios registrados desde los países del sur de Europa Occidental hacia Centroeuropa desde los años 50, y poco después desde el norte de África y Turquía, no operan simplemente motivaciones económicas. Como ha señalado Gregory (1978), «el emigrante es un individuo dotado de voluntad, que comprende sus circunstancias y trata de elegir racionalmente entre las alternativas que se le ofrecen». Es decir, no se trata de un mero muñeco movido por las fuerzas del mercado. Lo que en él se produce es una disociación entre sus sistemas social y cultural, que conduce a la decisión de marcharse, no como forma de rechazo a la comunidad, sino de «desentenderse provisionalmente o al menos retrasar los síntomas de un tipo de inadecuaciones (inducidas) cultural o personalmente».

En otro lugar (Cazorla, 1979, 1989), hemos subrayado cómo a partir de finales de los años 50 este proceso se hace visible en muchos jóvenes del medio rural de las zonas menos desarrolladas de Portugal y España, lo que produce una emigración hacia Centroeuropa sólo desde este último país, superior a los dos millones y medio de personas (trabajadores y familiares), entre 1959 y 1974. El rápido cambio económico ocurrido desde 1959, se vio complementado por un cambio social —visible sobre todo en el ensanchamiento de la clase media nueva— casi simultáneo a su vez a

un cambio de valores, ya irreversible, en el techo cultural del país, y al que fueron más sensibles, como es lógico, los jóvenes de aquel momento. Finalmente, ese cambio de valores fue decisivo para la pacífica transición a una democracia hoy consolidada, que no hubiese sido posible sin tales precedentes.

Estos fenómenos, que hace unos 25 ó 30 años eran perceptibles en España, en cierto modo tienen su réplica en los países del Magreb, salvando las distancias, por supuesto. En los jóvenes del sur de Europa actuaron por entonces motivaciones y aspiraciones como las ya descritas, y que en los últimos años han alcanzado a importantes masas de población en el norte del continente africano y otros lugares del planeta. En todos los casos, opera un mecanismo de diferenciación entre lo que se percibe como conseguible, con los limitados medios existentes en el lugar de origen, y lo que se aprende a apetecer, estimulado por los nuevos valores y la eficaz presión de los medios de comunicación de masas<sup>4</sup>. También actúa la observación del «grupo de iguales» y el «efecto demostración» de los emigrantes, cuando regresan para sus vacaciones o cortas estancias.

No pocas veces, muestran éstos su modesto *triunfo* con formas de ostentación de consumismo, con la posesión de automóviles, electrodomésticos y otros artefactos, hasta ahora sólo al alcance de muy pocos en su lugar de origen. Lo que ofrece una imagen de opulencia que se completa con la seguridad de un empleo bien pagado en Centroeuropa, en contraste con la permanente precariedad —o incluso ausencia— del trabajo en los que quedan. La verdad es que éstos no perciben las incomprendimientos, discriminaciones, aislamiento ni dureza de la vida en Europa, y los emigrantes no siempre lo mencionan. En el fondo, la emigración es «una respuesta a una situación insoportable que el emigrante siente que no se resolverá mientras permanezca en su lugar de costumbre» (Gregory, 1978).

Muchos habitantes del Magreb, establecidos desde hace años en países de Centroeuropa, y con trabajo fijo, actúan en forma no muy diferente a lo que italianos, portugueses, griegos y españoles hicieron hasta 1974 (y en proporciones menores, después). Pero también hay una creciente

<sup>4</sup> Además de otros incentivos sobre las expectativas, como la visión directa del nivel económico de los turistas occidentales y japoneses, y —sobre todo— las televisiones del sur de Europa, cuyos canales se contemplan bastante bien en casi toda la costa norte de África.

presencia de otros inmigrantes, como he dicho, a menudo clandestinos, a veces procedentes de países subsaharianos, que constituyen un tipo diferente de emigración. Sus actividades son precarias, en el campo o en la calle de las ciudades, ganan poco y son explotados no pocas veces por mafias locales especializadas. Su situación y ambientación son muy distintas de los que llamaríamos «inmigrantes establecidos»<sup>5</sup>.

En todo caso, es claro que entre 1980 y 1985 se concedieron a extranjeros en territorio español un número de permisos, cada año, entre 50.000 y 60.000, pero éstos suponían menos de un tercio de los extranjeros residentes (Izquierdo, 1989), lo que puede dar idea del volumen de residentes que trabajan sin permiso, salvo el caso de jubilados procedentes del norte de Europa y casos similares. Concretamente, en 1986 el total de personas con permiso de trabajo en España, procedentes de África, representaba un 14 por 100 del total de extranjeros, y de ellas más de la mitad eran marroquíes, quienes trabajaban sobre todo como vendedores, en servicios, en la agricultura y la construcción<sup>6</sup>.

A partir de 1985, el flujo regular de entradas en España de inmigrantes africanos ha crecido rápidamente, de tal manera que ya en 1987 triplicaba al de personas de tal origen residentes en 1980. Esta entrada ha sido verdaderamente espectacular en el caso de inmigrantes subsaharianos. En conjunto, se ha estimado que de los aproximadamente 700.000 inmigrantes extranjeros hoy en España, menos de la mitad poseen, no ya permiso de trabajo, sino documentos de identidad en regla. El problema, pues, para ellos y no menos para las autoridades del país, es grave y creciente<sup>7</sup>.

Es preciso tener en cuenta que en muchos casos, estos inmigrantes,

<sup>5</sup> La Ley Orgánica 7/1985, sobre los derechos y libertades de los extranjeros en España, ha sido objeto de numerosas críticas por su rigidez, no sólo desde el punto de vista político, sino técnico-jurídico. La dificultad de conseguir permiso de trabajo y/o de residencia, se une a la demanda de mano de obra dócil, que procede de la economía sumergida. Véase M. MOYA ESCUDERO, en la bibliografía que insertamos al final del presente trabajo, para algún estudio reciente al respecto desde el punto de vista estrictamente jurídico.

<sup>6</sup> En una entrevista efectuada a un inmigrante marroquí en el Campo de Dalías (Almería), éste nos aseguraba que él trabajaba más que los españoles (más horas y más duramente, quería decir) por el mismo salario. Y añadía que éstos estaban «mal acostumbrados» y que en cuanto el patrono les «apretaba», se marchaban y se acogían al subsidio de paro.

<sup>7</sup> Datos de junio de 1990 recogidos en el diario *El País*, daban en España un número de inmigrantes clandestinos, por nacionalidades, de unos 60.000 marroquíes, 45.000 portugueses, 43.000 filipinos, 102.000 latinoamericanos, 5.000 centroafricanos, 5.000 paquistaníes, 10.000 guineanos y 7.000 iraníes.

norteafricanos sobre todo, vienen a España como paso obligado para establecerse en algún lugar de Centroeuropa, en donde pueden encontrar mejores condiciones de trabajo, comunidades étnicamente afines (por ejemplo en Francia), y sobre todo menos competencia con trabajadores locales. Cuestión especialmente visible en países como España o Portugal, con apreciables porcentajes de su población activa actualmente aún en paro.

Las facilidades de movimiento que a partir de 1993 se producirán en el interior de la CE, no son ignoradas por muchos de estos inmigrantes, quienes tienen la esperanza de aprovecharlas —en base a su experiencia de permanencia ya en Europa— para establecerse donde más les convenga, tanto por las condiciones de trabajo, como por la eventual proximidad a colonias de compatriotas. Y este motivo está induciendo a muchos habitantes del Magreb y otros lugares a entrar por la vía más próxima —y rápida— España, antes de que la CE endurezca sus fronteras.

Un factor más reciente —y por tanto menos conocido— pero que sin duda influirá en el futuro en estos movimientos, y en su regulación y control, es el de la nueva situación de los países del Este y Centro de Europa. La reunificación de Alemania, y la incorporación quizá más tarde a la CE de otros países, pueden constituir un nuevo obstáculo a las expectativas de los inmigrantes norteafricanos. Ante la reestructuración político-económica de los países del Este, y los previsibles movimientos de esta población, es difícil pensar que no sea ésta acogida y ayudada preferentemente a cualquier otro extranjero no europeo. Con lo cual, el hermetismo de las barreras de entrada a una CE ampliada, será en el futuro seguramente mayor de lo que ha sido hasta ahora. Aparte de que la prolongación o la agravación de una eventual crisis económica (de la que hay muchos indicios desde 1990), contribuiría poderosamente a ese cierre, al aumentar en la CE la inflación y el desempleo.

Cierto es que en la media de la población de la CE existen prejuicios —a veces claramente racistas— que perjudican la necesaria cooperación entre los inmigrantes del Magreb y los habitantes de los países a los que llegan. Los españoles conocemos bien este problema por haberlo sufrido en Centroeuropa desde los años 60, y por tanto es más injusto que ahora un cierto número de nosotros no haya aprendido la lección, cuando recibimos inmigrantes a nuestra vez.

Una encuesta de noviembre de 1989, daba en más de dos franceses

cada tres una imagen muy negativa del Islam, al que se vinculaba con el «fanatismo» el «retroceso» y «la sumisión de la mujer» (Belguembouz, 1990). Esta imagen no ha debido mejorar últimamente como consecuencia del inesperado auge del integrismo en Argelia, que —simplistamente, si queremos— ofrece a la opinión pública occidental una visión negativa de un país al que se venía considerando en proceso de superación de lastres histórico-religiosos<sup>8</sup>.

En el caso de España, una investigación —aún inédita— efectuada por nosotros bajo el título «Cultura y valores en Andalucía» en 1989, daba más de un 40 por 100 de andaluces que no negaban «desconfiar» de los marroquíes, a pesar de la tradición histórica y proximidad geográfica evidentes<sup>9</sup>.

Pero tampoco se puede ir al extremo opuesto, y exigir (Belguembouz, cit.), el derecho de residencia, de trabajo y de libre circulación de los trabajadores del Magreb en la CE, sin restricción alguna de entrada, así como la plena protección de su identidad nacional y cultural en ella. Si pensamos que países como Portugal y Grecia (y en mucha menor medida España) tendrán cierto excedente de población en 1993, con obvia preferencia para el empleo de sus ciudadanos en otros países de la CE, tales preten-

<sup>8</sup> Noticias procedentes de medios próximos al Alto Estado Mayor, recogidas en la prensa en enero de 1991, advierten que la atribución indiscriminada de responsabilidades en el conflicto del Golfo a Estados Unidos y sus aliados occidentales, entre ellos España, están haciendo revisar los planes de la cúpula militar, ante el temor de que la posible desestabilización de los regímenes del Magreb occidental acarrearía un inesperado enfrentamiento en este extremo del Mediterráneo, bajo el pretexto de la «liberación» de Melilla y Ceuta o similar. En realidad, expertos en política norteafricana, aseguran que la política de Hassan II de «dosificar» su respuesta a este problema, podría radicalizarse ante presiones de las fuerzas armadas, de grupos fundamentalistas u otros, como medio —una vez más— de desviar la atención de los graves problemas que padece el país y que han producido en los últimos años una espiral creciente de conflictos y revueltas populares. Todo ello sin contar con la posibilidad de una sustitución violenta del monarca, intentada ya en varias ocasiones, y en que las reivindicaciones territoriales nacionalistas se impondrían de inmediato. Las consecuencias de tal confrontación podrían ser muy graves, no sólo para España, sino para la CE.

<sup>9</sup> Factores de diversa índole contribuirían a esta actitud. Así, de tipo histórico, al ser el último pueblo (o parte de él), con el que sostuvimos una larga guerra internacional, terminada en 1926. No menos, el recuerdo de numerosas violencias registradas por las fuerzas marroquíes —o atribuidas a ellas— durante nuestra guerra civil. También los reiterados problemas derivados del apresamiento de pesqueros, de la absorción del antiguo Sahara español, y de la reivindicación de Ceuta y Melilla (e incluso de Canarias). Y en la actualidad, la mencionada creciente presencia de marroquíes como inmigrantes, legalizados o no, que inspiran recelo a capas bajas de la sociedad que —en paralelo con lo que ocurre con otros inmigrantes en Estados Unidos o la RFA— los contemplan como eventuales competidores laborales.



siones parecen algo exageradas en algunos de sus aspectos. De aceptarse, probablemente facilitarían una masiva entrada de magrebíes, imposible de asimilar por la CE. Cuestión diferente es la protección de los ya residentes, la regularización administrativa de su situación y la garantía de todos sus derechos, incluso el de la diferenciación cultural.

También es cierto que, como dijo el presidente Mitterrand ante la televisión francesa en diciembre de 1989, «no se debe sancionar al inmigrante clandestino, sino a las empresas que recurren a esta mano de obra porque ello les permite no protegerla y pagarle menos... Es preciso acabar con los industriales de la miseria que explotan a los inmigrantes, y que a la vez gangrenan la sociedad francesa».

Por otro lado, es bien sabido que el Magreb es importador de bienes de equipo, así como cada vez con mayor frecuencia de bienes de consumo y servicios, lo cual interesa lógicamente a la CE. De manera que lo más conveniente (Ourabah, 1990), sería preparar un plan de industrialización de la zona para un período de 15 a 20 años, lograr una política común de autosuficiencia alimenticia, y realizar una evaluación de los recursos humanos disponibles. Téngase en cuenta que la tasa de paro media es del 20 por 100 real, por lo que sería preciso crear cada año medio millón de empleos para absorber la demanda previsible.

Esto requiere una estabilidad en los precios, y —no menos— una estabilidad política, que una serie de circunstancias interiores (entre ellas la presión del integrismo), no parecen por el momento asegurar. También, fuertes inversiones que impulsen dicha industrialización, y es claro que el único país del Magreb en condiciones de efectuarlas sería Libia. Cabría preguntarse por la voluntad de sus dirigentes a este respecto. Alternativa o conjuntamente, los créditos de la CE —a bajo interés y largo plazo— serían decisivos para conseguirlo.

Sin estas premisas, los desequilibrios resultantes de la presión de la población sobre los medios de empleo, la insuficiente producción, y las crecientes aspiraciones de «los pobres ante el banquete», continuarán produciendo lo que ha dado en llamarse «boat people», inmigraciones clandestinas, falsas peticiones de asilo político y tantas otras formas de asalto a la «fortaleza europea», cada vez más endurecida, que sólo servirán para dificultar la necesaria colaboración Magreb-CE. Un nuevo peso, en definitiva, en el platillo de la balanza de las desigualdades Norte-Sur, cuyas con-

secuencias políticas —aparte las económicas— comenzamos a ver en la presión de las masas anti-occidentales con motivo de la crisis del Golfo Pérsico.

#### BIBLIOGRAFÍA

- BADIE, B., «Formes et transformations des communautés politiques», en GRAWITZ y LECA (coords.), *Traité de Science Politique*, París, PUF, 1985, vol. I, cap. X.
- BELGUEMBOUZ, A., *L'UNA et les nouveaux enjeux de l'emigration maghrébine dans la perspective de l'Europe de 1993*, comunicación presentada en el Coloquio Gredos IV «Explosión demográfica, empleo y emigración en el Mediterráneo occidental», Universidad de Granada, febrero, 1990 (mimeografiado).
- BLACK, C. E., «Phases of Modernization», en FINKLE y GABLE (coords.), *Political Development and Social Change*, New York, Willey & Sons, 1971.
- BANCO MUNDIAL, *Informes sobre el Desarrollo Mundial* (varios años), Washington D.C.
- BEUHLER, H. C. y BUEHLER, J. M. (coords.), *Migrants in Europe: The Role of Family, Labor, and Politics*, Greenwood Press, New York, 1987.
- CAZORLA, J., «El desempleo agrario y su dimensión sociológica», en *Revista de Estudios Agro-sociales*, núm. 60, Madrid, 1967.
- «Emigración y subdesarrollo: el contexto sociopolítico de un fenómeno actual», *Revista Agricultura y Sociedad*, Madrid, 1979.
- *Retorno al Sur*, Edit. Siglo XXI y Ocaer, Madrid, 1989.
- (Coord.) *Symposium Internacional Emigración y Retorno*, Junta de Andalucía-OCAER, 1990.
- GREGORY, D. D., *La odisea andaluza*, Tecnos, Madrid, 1976.
- IZQUIERDO, A. y MUÑOZ PÉREZ, F., «L'Espagne, pays d'in-migration», en *Population*, núm. 2, París, 1989.
- LERNER, D., *The Passing of Traditional Society*, Free Press, New York, 19658.
- MOYA ESCUDERO, M., «La expulsión de extranjeros del territorio nacional: dudosa garantía de los derechos fundamentales», en *La Ley*, núm. 1370, 17 de enero de 1986, Madrid. Esta autora tiene publicados desde 1980 otros muchos trabajos en torno al tema.
- OURABAH, M., *La cooperation Euro-Maghrebine et l'intégration économique de l'Afrique du Nord*, comunicación en el Coloquio cit.
- YATS, A. J., «¿Pagan más los países africanos por sus importaciones?», en *Finanzas y Desarrollo*, junio, 1990, FMI y Banco Mundial, Washington D.C.